

LA CIUDAD DE BURGOS VISTA POR LOS VIAJEROS FRANCESES EN EL SIGLO XIX

Con el siglo XIX, asistimos en Francia y también en los demás países europeos, al desarrollo de la afición al viaje no solamente en el interior de su propio país, sino también fuera de las fronteras nacionales. Los que emprendían el viaje más allá de los Pirineos eran comerciantes, diplomáticos, hombres de negocios que no hacían mucho caso de lo que veían. Con la guerra napoleónica entre 1808 y 1813, luego con la expedición de los Cien mil hijos de San Luis en 1823, España está de moda en Francia, en la novela, en la poesía y en el teatro. Se muestra la gente curiosa de conocer esta tierra sobre la que se publican opiniones a veces muy distintas. Numerosos van a ser los viajeros que pasarán por los Pirineos, entrando en la Península por los dos caminos más cómodos, al Este, Cerbere y Port Bou; al Oeste, Bayona e Irún. No tengo la pretensión de pasar revista de todos los que escribieron y publicaron relaciones de sus viajes por España, la lista sería larga (1). Me intereso en particular por unos cuantos escritores que, sea por gusto, sea por trabajo, privado u oficial, visitaron España y se detuvieron en Burgos.

Alejandro Luis José, conde de Laborde, arqueólogo y hombre político francés, muerto en 1842, viajó mucho y estudió particularmente en España, sobre la cual escribió su *ITINERAIRE DESCRIPTIF DE L'ESPAGNE*, publicado en 1808, que es una de las obras más completas que se podían encontrar a principios del siglo XIX, aunque no exenta de alguna que otra equivocación, respecto de la historia, por ejemplo.

De Burgos habla en el tomo tercero de su *ITINERARIO*. La fundación de esta ciudad, dice Laborde, es muy antigua; según algunos historiadores, pero no dice cuáles, se trataría de *BRAVUM* o *BRAUM* de Ptolomeo, a no ser que se remonte solamente su función al siglo noveno o décimo; hubiera sido edificada sobre las ruinas de otra ciudad llamada *AURA*. Fue

corte de los primeros reyes de Castilla y empezó su decadencia a partir del siglo XVI.

Viven en ellos unos ocho o nueve mil habitantes. Está construida en la pendiente de un «monte elevado», —así lo piensa Laborde—, y se extiende a lo largo de la orilla derecha del Arlanzón. Está rodeada de murallas y protegida por un castillo, del que sólo quedan vestigios. Hay un arrabal llamado de «Vega» que se sitúa en la parte izquierda del río. Es ancho, vasto, y allí vive mucha población y se ven numerosos conventos y hospitales. Apunta Laborde que hay muchos jardines con fuentes. Esta zona está regada por varios riachuelos.

¿Cómo se presenta la ciudad? «Grande, irregular, y construida en forma de media luna. Está cercada de murallas antiguas; sus calles son estrechas, desiguales y tortuosas; sin embargo, algunas son bastante bellas, por ejemplo la que lleva a la iglesia metropolitana. Hay varias plazas; una sola es notable; está rodeada de unos soportales, con pilares altos, sobre los cuales se edificaron casas bastante agradables. Las fuentes son abundantes y numerosas, sobre todo en las plazas y en las encrucijadas, y están adornadas con estatuas, entre las cuales algunas son mediocrementemente buenas. Hay varias puertas, la de Santa María que da a uno de los puentes del Arlanzón es de muy buen gusto».

Después de leer esta breve descripción de la que he entresacado lo esencial, se podría pensar que no le ha disgustado a Laborde la ciudad de Burgos. Pues, pasa todo lo contrario de lo que creeríamos. El dictamen del escritor es tajante: «esta ciudad es muy triste», y viene la explicación que aclara su pensamiento; no es que la ciudad no le guste de por sí, sino que «no se encuentra en ella ningún tipo de placer y no hay vida social». Además «su situación cerca del río hace que una estancia en ella sea poco grata; su clima es frío y húmedo». Sin embargo se pueden admirar en Burgos varios edificios civiles como por ejemplo el Ayuntamiento que «merece ser visto». «El palacio de los Velasco (es decir la Casa del Cordón) ha sido construido con gusto y con magnificencia». También «se ve con gusto el arco de triunfo edificado por la ciudad de Burgos en honor del primer conde de Castilla, Fernán González».

También le llamaron la atención varios edificios religiosos, verbigracia, la iglesia de San Pablo, gótica, el convento de los Agustinos, situado en el arrabal, no lejos de la puerta de Santa María, en el que se halla el Santísimo Cristo milagroso de Burgos. «La arquitectura del convento no tiene nada notable, pero se pueden admirar en él riquezas considerables».

De la iglesia metropolitana, es decir la Catedral de Santa María dice lo siguiente: «es alta; se sube por una escalera de treinta y ocho gradas. Su fachada es hermosa, de estilo gótico; está adornada con torres, estatuas, columnas y varios adornos de capricho; todo está labrado con infinita delicadeza; la iglesia es inmensa, y es tan vasta que se puede decir misa en ocho capillas a la vez sin molestia y confusión para nadie».

De una manera general se puede decir que lo que más le ha gustado es la arquitectura y lo artístico; la abundancia de los calificativos empleados y de las fórmulas laudatorias lo confirma: *hermoso, bello, elegante; infinita delicadeza; monumentos preciosos; hermosos cuadros; gusto y magnificencia; excelentes pinturas; notable; bien labrado; pintura de gran belleza; buena arquitectura; claustro magnífico; con tanto gusto como delicadeza... etc.*

Lo que Laborde echa de menos, es la ausencia de vida social, no hay placeres. Es Burgos, en opinión de este francés, una ciudad demasiado recoleta, que no intenta abrirse al mundo. No trata el escritor de dar una explicación; ni siquiera se plantea el problema, como la mayor parte de los viajeros franceses o de otras nacionalidades; notan lo que ven; es la impresión de un momento, a veces demasiado fugaz, que para muchos es desgraciadamente definitiva. Lo interesante sería saber cuánto tiempo se quedó Laborde en Burgos y en qué época del año se situó su estancia. ¿Por qué esta impresión de tristeza? ¿Por qué esta ausencia de vida social? Quizás se explique por el peso agobiador de la Historia en una ciudad que tuvo una época de gran esplendor, de mucha actividad comercial, de intenso movimiento de mercancías y de gente, —geográficamente está Burgos en una encrucijada—, y luego entró en un período de decadencia económica, perdió su riqueza y su ardor, y se quedó ahogada y desanimada.

Quizá sea interesante comparar con la obra anterior de Laborde el libro de J. F. Rehues (bibliotecario del rey de Wurtemberg), *L'Espagne en 1808*, y publicado simultáneamente en París y en Estrasburgo. No esperamos encontrar en este libro un estudio detallado, unas impresiones precisas sobre Burgos, porque el autor se detuvo apenas una mañana en la capital de Castilla la Vieja. Tan sólo dedica dos páginas a la descripción de la ciudad. Habla del Cid y dice todo lo que cualquiera sabe sin haber ido nunca allá. Visitó la Catedral, pero a toda prisa, lo cual no le permitió valorar en su punto su arquitectura. Así describe: «la maravilla de esta ciudad es una cúpula... la cual por la altura y la pureza del estilo gótico es muy inferior a varios monumentos que se ven en Francia, v. gr. la

Catedral de Tours y la de Orleans (2). La majestad del conjunto se pierde en la multiplicidad de las divisiones del interior que no es más que una sucesión de capillas en medio de las cuales se halla otra más grande. Los altares son moles enormes de forma feísima, adornados de cuadros, bajorrelieves, imágenes y follajes ricamente dorados. Entre las obras colocadas a gran altura, sea de mármol, sea de bronce, las hay que, examinadas detenidamente, podrían dar a conocer el carácter del arte en España. Allí ví también algunos cuadros dignos de atención. Pero no pude descubrir quién los había pintado. La gente está tan poco acostumbrada a la curiosidad de este tipo que el que lo pregunta parece enseguida sospechoso».

Y aquí se acaba todo lo que le parece útil de relatar sobre Burgos. El elogio, cuando lo hay, parece que está hecho a regañadientes. No se nota simpatía, al contrario, cierta frialdad o desprecio para con España. Es un ejemplo de aquellos viajeros que pasaron por los Pirineos con ideas preconcebidas sobre el país que iban a visitar. Aunque su estancia ha sido brevísima, Rehfués podía haber aludido a la posada en que hizo noche, a la gente que encontró, al ambiente general de la ciudad. Se interesa más en su libro por Madrid a la que dedica un capítulo, luego por los españoles en general, sin que se pueda saber lo que opina en particular de los burgaleses, y por fin estudia en el tomo segundo el aspecto económico, industrial, comercial, financiero y militar.

En resumidas cuentas, Burgos no le ha llamado la atención.

Al contrario de lo que podíamos esperar con *Las memorias* del general barón Thiebault, —obra póstuma publicada en París, en cinco volúmenes, entre 1896 y 1897—, el cual hizo en Burgos una estancia de algo menos de dos años, en la época de las guerras napoleónicas en España, no encontramos prácticamente ninguna alusión a las bellezas artísticas de la ciudad en la que había asentado sus reales el dinámico gobernador de Castilla la Vieja (3).

Evoca con su natural énfasis las consecuencias de la guerra. La ciudad había sido abandonada por una parte de la población, la basura se amontonaba en las calles; centenares de caballos muertos y de cadáveres de combatientes hacían de ciertos sectores de Burgos una «cloaca hedionda»; «por todas partes, la ruina, el hambre, la desesperación, la peste, y, como remedio, la muerte» (*Memorias*, t. IV, p. 285). Por de pronto Thiebault se ocupa de la limpieza y del saneamiento de la ciudad. Poco tiempo después, sabemos por Stanislas Girardin (en sus *Memorias*) que a fines de enero de 1809, había regresado la población y las calles de la

ciudad habían recobrado su aspecto de tradicional decencia. Thiebault, muy contento consigo mismo, afirma sin modestia que «Burgos había venido a ser una de las ciudades más limpias de España».

Thiebault crea un hospital y luego un cementerio. Mejora la urbanización de la ciudad. Se entera de que el sepulcro del Cid y de Jimena que estaba en San Pedro de Cardeña había sido profanado. Hace recoger los huesos y decide construirles un panteón en la parte opuesta al Espolón, entre el puente de Santa María y el puente San Pablo. Hace plantar chopos para adornar el sitio. La ceremonia de inauguración se hace con la mayor solemnidad, lo cual granjea a Thiebault gran estima entre los burgaleses, tanto por este acto de respetuosa reparación como por su administración prudente, su espíritu de justicia y sus atinadas reformas. Pero ignoramos totalmente cómo reaccionaba ante las maravillas artísticas de la ciudad. Francamente le importaban un bledo.

Otro funcionario de la administración militar de Napoleón estuvo en España durante los años de la invasión francesa, y dejó escritas sus impresiones en un libro titulado *Voyage en Espagne ou Lettres philosophiques contenant l'histoire générale des dernières guerres de la péninsule*, publicado en 2 tomos en París, 1823. M. Amade, antiguo comisario de la guerra, estuvo de paso por Burgos, pero no dejó en su libro una descripción muy pormenorizada. Según él, Burgos «se parece más bien a un pueblo grande que a una capital. No tiene comercio, industria ni vida social». Es muy severo con los habitantes a los que encuentra «tan tristes como el cerro elevado en cuya ladera está edificada la ciudad». Como militar se fijó en las murallas que rodean la ciudad en forma de herradura, a orillas del Arlanzón. Tres puentes hay que salvan el río, —sin más precisiones—, contempla la puerta de Santa María y le llaman la atención «las estatuas colosales de Laín Calvo, juez soberano de Castilla, hacia principios del siglo X, de Fernán González, conde de Castilla en 923, del Cid y de Diego Porcelos».

Unas cuantas frases sobre la Catedral, escuetas, hasta frías, que nos dan la impresión de que el arte o el monumento arquitectónico le dejan prácticamente sin cuidado. No contempla admirativo, no describe interesado, sino que bosqueja apresurado, como quien tiene que cumplir: «entré hace dos días en la soberbia Catedral construida en forma de cruz y en la cual pueden cantarse cinco misas a la vez, sin que los cantos puedan confundirse o turbarse. Este edificio tiene cuatrocientos pies de largo y doscientos cincuenta de ancho (4). Una cantidad considerable de torres remata su gótica fachada, se alzan por encima de la ciudad con

desiguales alturas y constituyen una especie de anfiteatro, lo que engaña al viajero que llega por el llano de Gamonal; éste cree que va a entrar en una capital inmensa cuyos monumentos numerosos divisa desde lejos; pero pronto está desilusionado al andar por sus calles sucias, estrechas y tortuosas, al contemplar grandes casas construidas sin orden y al tener que preguntar por dónde tiene que pasar para llegar a esta Catedral, objeto de tanta ostentación» (t. 2, p. 25). Y cuando está en este edificio, Amade expresa esta reflexión que huele a crítica: «Sólo en la catedral, anduve al azar; entré en la nave y allí vi con la mayor sorpresa a todos los dioses del paganismo mezclados con los personajes de la Biblia» (t. 2, *id*). Alude a algunas escenas mitológicas talladas en la sillería que se pueden ver al lado de episodios sacados del Antiguo y Nuevo Testamento.

Sebastián Blaze, boticario al servicio del Ejército francés en España, publicó en 1828, en 2 volúmenes sus *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1814*.

Si se compara con lo que escribe a propósito de Valladolid, Madrid, Sevilla, Granada, El Escorial, las gitanas... etc., hay que confesar que Burgos no le interesa nada, y sin embargo estuvo a lo menos en dos ocasiones en esta ciudad castellana. Nos da un detalle que tiene cierto interés anecdótico: «al llegar a Burgos el día 11 de junio (no se puede fijar el año con exactitud) me extrañó ver en medio del paseo del Espolón un monumento que no existía cuando estuve en Burgos por primera vez en 1808. Es un panteón no muy grande en el que se lee el siguiente letrero: «El general Thiebault, gobernador de ambas Castillas, hizo transportar aquí los restos del Cid y de Jimena, con los vestigios de su sepulcro».

«Anteriormente, sigue explicando Blaze, este sepulcro se hallaba en la Cartuja de Miraflores...» (5).

Y nada más, que es verdaderamente poquísimo, a propósito de Burgos. La presencia de este monumento conmemorativo en el paseo cambiaba el paisaje visual acostumbrado. Por eso lo recuerda. Nada sobre la Catedral, nada sobre las puertas, ni sobre las ruinas del Castillo, ni sobre la Vega, ni sobre las iglesias...

En lo que atañe a Burgos, los recuerdos de Adolphe de Bourgoing (*Y'Espagne. Souvenirs de 1823 et de 1833*, París, 1834), son muy escasos. Le dedica solamente unas líneas, evocadoras, desde luego, pero demasiado sencillas:

«Burgos, capital de Castilla la Vieja, antes rica y comerciante, está hoy en decadencia. Bonitos paseos bordean el Arlanzón, salvado por tres puentes muy sólidos, como todas las obras hechas por los españoles. Una Catedral magnífica, en la que puede uno admirar gran copia de ornamentos y algunos cuadros de Leonardo de Vinci, hace contraste con las casas que caen arruinadas» (*L'Espagne*, p. 44). Se ha de saber que la atribución de ciertos cuadros a Leonardo de Vinci está muy controvertida. No vaya el lector a creer que las demás ciudades le interesan más y merecen tratamiento mejor; ni se piense. De Madrid, Barcelona o Valencia habla tan escuetamente.

Cuando vuelve a pasar por Burgos en 1833, lo que nota Bourgoing se reduce a una línea: los paseos que bordean las orillas del Arlanzón son más largos. Y se acabó.

L'Espagne sous Ferdinand VII del marqués de Custine, publicado en París, 1838, 2 tomos, se presenta como una serie de cartas dirigidas a miss Bowles, y a otras varias personalidades (el conde Alfredo de Manssión, la señora de Girardin, la condesa de Branli, la condesa de Kercado, la duquesa de Abrantes, la señora Gay, Víctor Hugo, La Martine, Jules Janin, Louis Boulanger... etc.). En estas cartas hace la relación de su viaje y estancia en España.

La carta V (t. I, p. 143-144) redactada en Madrid con fecha del 7 de abril de 1831 nos interesa porque trata de Burgos, aunque superficialmente.

Hizo el viaje del Bidasoa hasta Madrid en diligencias, y apenas pararon en Burgos aquel domingo de Pascua Florida de 1831. Sin embargo, se nota que es un hombre que sabe mirar. Así dice: «Esta ciudad que durante largo tiempo fue corte de los reyes, tiene aspecto original. Siempre me acordaré de las puertas góticas, con figuras esculpidas e inscripciones que el conductor de la diligencia no nos dio tiempo para descifrarlas. Se ven también, cerca del río, estatuas de varios hombres célebres entre los cuales está el Cid. En fin, la arquitectura de la Catedral llama la atención. Pasamos por Burgos al atardecer. Hacía buen tiempo después de muchos días de lluvia helada, como la que suele caer en este país, toda la gente se había reunido en el paseo; allí fue donde vi a los primeros monjes...»

Con el poco tiempo que se quedó en Burgos, —media hora, dice, pero exagerando algo—, no podía sacar muchas y varias impresiones de su paso por la capital de Castilla la Vieja. Pero supo coger lo esencial, el carácter gótico de numerosos monumentos, la arquitectura de la Catedral apenas entrevista, la costumbre de juntarse la gente en el paseo del Espolón, aludido pero no nombrado. La impresión que saca del vistazo, no es desfavorable ni indiferente. Pero, es un viajero que viene con ideas preconcebidas, ya

que confiesa que, si el viaje en diligencia es malísimo para «viajar por curiosidad» o sea para hacer turismo, como diríamos hoy, es necesario viajar en grupos, porque las carreteras no están seguras, dado el número de bandidos que atacan a los viajeros aislados: «un extranjero en su coche particular está seguro de ser atacado». ¡Qué fama más mala tenían las carreteras españolas!

Las *Memoires* de Laura Saint-Martin Permón, duquesa de Abrantes, esposa de Junot, mariscal del imperio de Napoleón, nos dan algunos informes sobre Burgos y la vida burgalesa, en la época de la presencia en España de los Ejércitos de Napoleón. Lo interesante es, además, el que sea una mujer la que nos cuenta sus impresiones, y una mujer culta, y que parece llegar a España sin aquellos sempiternos prejuicios que afean las relaciones de los viajeros; antes bien, viene la duquesa con simpatía. «Castilla la Vieja, dice ella en el tomo primero de sus *Memorias*, me brindó gran copia de tesoros de los que un viajero indiferente no hubiera hecho caso, mientras que para mí eran de sumo interés».

De Burgos nos dice que es una ciudad antigua y «poco animada». «Las casas son altas como en todas las viejas ciudades españolas; forma un semicírculo alrededor de una montaña en lo alto de la cual está un Castillo del que sólo quedan ruinas».

La impresión del conjunto es que la vista panorámica de Burgos no desagrada. Le encuentra aire noble y señorial, «como si estuviera a punto de acoger caballeros». Nota la duquesa que Burgos, con iglesias, «magníficas», sus recuerdos gloriosos del tiempo pasado, «puede competir con cualquier ciudad de España, salvo con Granada». Que conste que hasta ahora es el primer juicio francamente favorable a la ciudad del Cid.

Estas impresiones no son las que experimenta la duquesa de Abrantes en un momento dado, un día favorable, con mucha luz, mucho sol. Es la opinión de una mujer que ha vivido mucho tiempo en Burgos, como lo dice ella (t. I, p. 49).

Describe así el aspecto de la ciudad, a partir del arco de Santa María: «En la puerta de la ciudad que está orientada hacia Madrid, se ven varias estatuas de los reyes de Castilla y de Fernán González, primer conde soberano de Castilla. También se leen varias inscripciones en honor de Carlos V, Felipe II y Felipe III. Como en todas las ciudades que recuerdan a los moros, se encuentran muchas fuentes; también hay una plaza muy ancha, y adornada con balcones, pero regularmente construida. Las casas están edificadas sobre pilares, que forman alrededor como un claustro».

La duquesa escribe de manera muy espontánea, —con la cual gana su relato en sinceridad y verismo—. Si la Plaza Mayor de Burgos le recuerda una plaza parecida de Boloña en Italia, no es para lucir y mostrarse erudita, sino para expresar lo que experimenta, acto seguido.

Burgos le gusta, no solamente con su conjunto monumental, sino también con el Arlanzón «río pequeño que la embellece bastante». Evoca la grandeza y esplendor de la Burgos de antaño cuyo comercio fue, hace dos siglos, muy floreciente, pero ha decaído mucho: «ahora pobre, abandonada, sin ningún comercio, tiene apenas unos diez mil habitantes» (t. I, p. 49). Le han dicho que los burgaleses eran «apáticos», lo cual explicaría el estado de abandono de la actividad comercial de la ciudad; pero no está conforme con esta explicación y según ella, todo viene a cifrarse en esta frase suya: «la devoción y el fanatismo los han matado».

La Catedral de Burgos le ha llamado la atención por su inmensidad y riqueza: «es lo más curioso que hay en la ciudad de Burgos, la cual, —lo repite entusiasmada—, es la más notable en España después de Granada» (t. I, p. 50).

Y se mete en una detallada descripción de la Catedral, consciente de que nadie antes de ella la había descrito tan detenidamente (lo dice en una nota al pie de la página 50, pero si tiene razón con respecto a los viajeros que escribieron sobre Burgos anteriormente a ella, no la tiene con respecto al trabajo de Antonio Ponz del que se inspirarán en sus descripciones muchos autores extranjeros). Así pues le dedica a la Catedral Santa María cinco páginas, en las que la autora expone lo que más le ha llamado la atención; no será una relación como la hubiera hecho un arquitecto; es la de una mujer de buena cultura, curiosa de lo extranjero, y que sabe apreciar lo bello. ¿Sobre qué se detiene su descripción? Sobre las dimensiones del edificio y las de las capillas principales que «se pueden comparar con otras tantas iglesias pequeñas» (t. I, p. 51).

Naturalmente, describe la capilla «más notable», la de la familia Velasco, es decir la del Condestable. No pasan desapercibidas las estatuas yacentes del marqués de Velasco y de su mujer, pero mira muy sorprendida el bloque de «mármol» jaspeado que está al lado; se pregunta por qué allí han dejado esta losa enorme, pero no sabía que los fundadores de la capilla lo destinaban a sus hijos.

Por otros detalles se interesa: «una cosa notable, y notable por su rareza, es el coro» (t. I, p. 52) dice la esposa de Junot; y dirige la mirada hacia la sillería «de madera durísima y admirablemente tallada». Pero allí asoma la crítica de una cristiana algo chocada por lo que descubre, mi-

rando los detalles de las escenas talladas. Al hablar de esta sillería dice así: «el tema [de la talla] es del Antiguo y del Nuevo Testamento. Hasta aquí muy bien... Allí donde algo falla es en el respaldo de la silla de coro; el Nuevo Testamento es para el respaldo; se habrá pensado probablemente que el asiento permitía menos decencia; y todo lo que el delirio de la imaginación puede crear, en juegos de Baco, de Sileno, de sátiros, de pastores y pastoras, y grupos de animales, todo el desarreglo que se puede imaginar, pues allí se encuentra» (t. I, p. 52).

Lo que la choca es la falta de relación moral entre lo uno y lo otro; nota horrorizada la mezcla intolerable de lo sagrado con lo pagano. Ahora bien, que conste que la obra es admirable y valiosa; su conclusión es muy sencilla, pero tajante: artísticamente se ha de conservar, moralmente, se ha de tapar.

La espontánea indignación de la virtuosa cristiana no deja de hacernos sonreír.

A propósito del altar mayor, su juicio es categórico: «no es de buen gusto; es demasiado macizo» (t. I, p. 53).

En la Catedral de Burgos, nos dice la duquesa, se hallan más de cien sepulcros de obispos, canónigos, abades. Las rejas de las capillas son magníficas y de labor preciosa. En cuanto a la fachada «es una obra maestra gótica por la ligereza y la elegancia de las agujas de piedra que la rematan, la cantidad y lo perfectamente acabado de las estatuas que la coronan» (t. I, p. 54).

No cabe duda de que la duquesa de Abrantes miró y remiró la Catedral atentamente, pero es curioso que no haya aludido a los blasones enormes que sirven de adorno en la parte alta de la capilla del Condestable, que tampoco se haya fijado en la escritura gótica que se puede leer, dentro y fuera de la Catedral, que haya silenciado la majestad de las puertas, del Sarmental o de Santa María, el equilibrio estético de la escalera de la Coronería, y por fin, el cimborrio tan impresionante por el esmerado calado de la piedra.

No se le olvida a la devota duquesa hablar del Santísimo Cristo de Burgos, antaño en el convento de los Agustinos, y luego transportado por la voluntad de un obispo en la Catedral, como lugar muy adecuado: «Sin ser una obra maestra, el Cristo está bien labrado; y la encarnación es natural; pero una cosa me pareció ridícula, es la camisa corta con que viene vestido; me pareció totalmente indecente». Según las autoridades eclesíásticas, dice la señora de Junot, este Cristo fue tallado por el discípulo Nicodemo, pero otros pretenden que vino directamente del cielo.

En esta capilla, todo es de plata o de plata dorada. «Es resplandeciente y magnífico, hay que confesarlo», dice la duquesa para concluir.

Ahora bien, no todos los viajeros que examinaron el Santísimo Cristo están de acuerdo sobre la materia con que está hecho. Según el Padre Flórez, «varios maestros de escultura que han reconocido la imagen, no han podido asegurar la materia...»

«Las carnes [son] tan flexibles que si un dedo las comprime, se aplastan y vuelven al natural. La cabeza se mueve al lado que la inclinan; los brazos, si se quitan del clavo, caen al modo de los del cuerpo humano, sin que al subirlos ni al bajarlos, haya en ellos ni en el cuello arruga de doblez, ni encañonado que oculte el artificio. Los cabellos, las barbas, las uñas no están como pegados, sino como nacidos» (6).

Otro viajero, el inglés Richard Ford (7) opina después de un «minucioso examen» que este Cristo «ha sido tallado en «pino de Soria». Como se nota, hay mucha discrepancia entre estos pareceres. La opinión actual es que está hecho de piel, por lo cual es flexible como un cuerpo humano.

En resumidas cuentas, sobre Burgos, sus monumentos y su población la impresión de la duquesa de Abrantes es objetivamente buena.

Del viaje que hizo Teófilo Gautier por España nos queda un libro de recuerdos, impresiones y juicios, titulado al principio *Tra (sic) los montes*, según la primera edición de 1839, y luego más prosaicamente *Voyage en Espagne*.

De todos los viajeros que hasta la fecha escribieron sobre España y más particularmente sobre Burgos, es Gautier el que más disertó sobre la ciudad cidiana; dieciocho páginas de descripciones e impresiones. Se nota que el escritor sabe observar y dar importancia al detalle.

No cabe duda de que ya tiene, antes de marcharse de Francia, ideas preconcebidas, si no sobre lo que se refiere al arte a lo menos sobre los habitantes del país vecino. Un ejemplo que no honra al personaje: ¿por qué Castilla la Vieja se llama así? ¡No se rían! Sencillamente porque en esta tierra se encuentra a muchísimas viejas. Y ¡qué viejas! añade Gautier, que las compara con las brujas de Macbeth, con las viejas de los caprichos de Goya.

Veamos cómo describe Burgos.

Su primer contacto ha sido con la Plaza Mayor: «es grande y tiene carácter. Está rodeada por casas rojas, edificadas sobre pilares de granito azulado. En los soportales y en la misma Plaza, hay pequeños comercios y van de un lado a otro infinidad de burros, mulos y campesinos pintorescos» (p. 34).

Le llaman la atención los «harapos castellanos», a los que va caracterizando con una serie de adjetivos nada favorables. La miseria de este pueblo le impresiona, pero nota la dignidad de todos, tanto los hombres maduros como los chavales. Es curioso que la duquesa de Abrantes, o los anteriores viajeros no hayan aludido a ello. Y ¿la fonda en que se hospeda? Empapado en sus lecturas españolas, —una traducción del *Quijote*, en particular—, Gautier no sabe caracterizar a las criadas de la fonda sino comparándolas con «maritornes descabelladas».

En su habitación se fija en que no hay boj bendito, sino un ramo en forma de palmera trenzada con elegancia y cuidado. En la cama no hay almohadas sino dos almohadones que se superponen. Encuentra el colchón durísimo, aunque es de lana.

El conjunto burgalés no le parece que corresponda al de una ciudad gótica, salvo alguna que otra ventana, alguno que otro portal. Sin embargo se fija en los blasones que aparecen en la fachada de ciertas casas, las cuales son viejas, pero no antiguas.

Pero Burgos tiene su Catedral, «una de las más hermosas del Mundo» (p. 36). Aunque le quitan algo de su hermosura las casuchas feísimas que están construidas a su lado y no permiten gozar de una visión global del conjunto monumental. Sabe Gautier apreciar lo bello, como lo vamos a ver en la descripción que viene a continuación. Elogia el portal principal que es una preciosidad por la piedra calada que parece encaje. Las dos torres de la Catedral, la parte exterior que corresponde al cimborrio, constituyen por lo esmerado, delicado y elegante de la labor, por el equilibrio de la arquitectura, un modelo de construcción gótica. Cito el texto tal como lo escribió Gautier para no quitarle un ápice de su entusiasmada descripción.

«Ce portail qui est magnifique, brodé, fouillé et fleuri comme une dentelle... Deux flèches aigües tailladées en scie, découpées à jour comme à l'emporte-pièce, festonnées et brodées, ciselées jusque dans les moindres détails, comme un chaton de bague, s'élançant vers Dieu avec toute l'ardeur de la foi et tout l'emportement d'une conviction inébranlable... Une autre tour, sculptée aussi avec une richesse inouïe, mais moins haute, marque la place où se joignent les bras de la croix et complète la magnificence de la silhouette. Une foule innombrable de statues de saints, d'archanges, de rois, de moines, animent toute cette architecture et cette population de pierre est si nombreuse, si pressée, si fourmillante qu'elle dépasse à coup sûr le chiffre de la population en chair et en os qui occupe la ville» (p. 37).

Como ve el lector, Gautier maneja el ditirambo con gran facilidad; esta actitud le viene del entusiasmo que está experimentando a la vista de tanta belleza. Cuando se halla en frente de la puerta que da al claustro, se hace lenguas de la talla elegante, esmerada y fina de la madera; «es la más hermosa puerta del Mundo después del baptisterio de Florencia» (p. 38).

En el interior de la Catedral, las rejas llaman la atención por lo perfecto de la labor. Se fija en el cimborrio en cuya contemplación se queda maravillado, o hechizado, si juzgamos su reacción por la abundancia de la enumeración que pretende reflejar sus sentimientos; dice Teophile Gautier:

«En levant la tête on aperçoit une espèce de dôme formé par l'intérieur de la tour dont nous avons déjà parlé; c'est un gouffre de sculptures, d'arabesques, de statues, de colonnettes, de nervures, de lancettes, de pendentifs à vous donner le vertige. On regarderait deux ans qu'on n'aurait pas tout vu. C'est touffu comme un chou, fenestré comme une truella à poisson; c'est gigantesque comme une pyramide et délicat comme une bouche d'oreille de femme et l'on ne peut comprendre qu'un semblable filigrane puisse se soutenir en l'air depuis des siècles! Quels hommes étaient-ce donc que ceux qui exécutaient ces merveilles: euxes constructions que les prodigalités des palais féériques ne pourraient dépasser?» (p. 38 - 39).

Y después de algunas consideraciones filosóficas sobre lo poco que hace el hombre ahora comparado con lo mucho que hizo la gente de los siglos anteriores, sigue visitando la Catedral: la pequeña sacristía (p. 39) con sus lienzos de pintores célebres (Murillo, Jordaens), luego la sacristía grande (p. 40) en la que contempla un Cristo en cruz; en la pared de la capilla del Corpus Christi está colgado el famoso cofre del Cid. Visita Gautier el claustro y allí contempla muchos sepulcros y estatuas. Se disculpa el escritor por no tener tiempo para describirlo detalladamente, y se encamina otra vez hacia el interior de la Catedral, para contemplar, sin elegir, a granel, las primeras obras maestras que se le ofrecen, porque dice que «todo es hermoso, todo es admirable» (p. 43).

Se detiene delante de la *Pasión de Jesucristo*, de Felipe de Borgoña, que caracteriza con estas palabras: «una epopeya de piedra» (p. 44): hermosura y proporción de las formas, expresividad de las caras, equilibrio del conjunto; todo está enmarcado por una arquitectura labrada como orfebrería, de increíble ligereza y gusto (p. 44). Y se fija, —nada le escapa—, en la sillería: «no tiene rival en el Mundo» (p. 44). Cada asiento es

una maravilla. No puedo resistir la tentación de sacar a colación la página de Gautier:

«C'est une verve inépuisable, une abondance inouïe, une invention perpétuelle dans l'idée et dans la forme; c'est un monde nouveau, une création à part aussi complète, aussi riche que celle de Dieu, où les plantes vivent, où le rameau se termine par une main et la jambe par un feuillage, où la chimère à l'oeil surnois ouvre ses ailes onglées, où le dauphin monstrueux souffle l'eau par ses fosses. Un enlacement inextricable de fleurons, de rinceaux, d'acanthes, de lotus, de fleurs aux calices ornés d'aigrettes et de vrilles, de feuillages dentelés et contournés, d'oiseaux fabuleux, de poissons impossibles, de sirènes et de dragons extravagants dont aucune langue ne peut donner l'idée. La fantaisie la plus libre regne dans toutes ces incrustations, à qui leur ton jaune sur le fond sombre du bois donne un air de peinture de vase étrusque bien justifié par la franchise et l'accent primitif du trait. Ces dessins, où percent le génie païen de la Renaissance, n'ont aucun rapport avec la destination des stalles et quelquefois même le choix du sujet laisse voir un entier oubli de la sainteté du lieu...» (p. 45).

Señala Gautier discretamente la proximidad inaudita de escenas bíblicas con escenas mitológicas o simplemente fantásticas y a veces libres, pero no le choca, como a la duquesa de Abrantes, esta mezcla de lo sagrado con lo pagano; tanto más cuanto que hay que acercarse y mirar las tallas detenidamente para fijarse en los detalles de las figuras y de las escenas, porque, contemplado desde cierta distancia, reconoce Gautier que esta sillería «es grave, solemne, arquitectónica y muy a propósito para enmarcar los pálidos y austeros semblantes de los canónigos» (p. 45).

No podía silenciar la capilla del Condestable, cuyo marmóreo sepulcro ocupa el centro. Pedro Fernández Velasco, yacente, al lado de su mujer, también yacente. El escritor admira la belleza y la suntuosidad de los vestidos de los difuntos.

Repara Gautier en los gigantescos blasones que adornan las murallas de esta capilla.

Pasa delante de la escalera de la Coronería, «una escalera grande, dice, del más hermoso diseño, con magníficas quimeras talladas, nos dejó unos minutos admirados» (p. 47).

Se detiene un momento en la capilla del duque de Abrantes, hoy de Santa Ana, en la que puede contemplar el árbol genealógico de la Virgen y de Cristo.

A su lado está la capilla de Santa Tecla en la que el arquitecto y el escultor parecen haber intentado insertar las más cosas posibles en el menor espacio posible. Y dice Gautier que acertaron. «Es el mal gusto más rico y más encantador» (p. 47); y enumera Gautier la cantidad extraordinaria de todo lo que se ha representado: columnas, querubines, volutas, llamas, rayos, achicorias, etc.... La bóveda viene igual de recargada. El artista ha lucido un derroche de ornamentación, en lugar de buscar la pureza de las líneas.

Se detiene delante del Santísimo Cristo de Burgos: «no es piedra ni madera pintada, sino piel humana (a lo menos lo dicen); los cabellos son cabellos verdaderos, los ojos tienen pestañas...» (p. 50). Esta imagen tan rara le impresiona profundamente: «nada más lúgubre e inquietante que aquel largo fantasma crucificado, con su aire falso de vida y su inmovilidad cadavérica».

Sale de la Catedral para echar un vistazo a varios monumentos de la ciudad; por ejemplo, el arco de Fernán González; luego se detiene delante de la curiosa fachada de la Casa del Cordón; la puerta de Santa María es «notable edificio» (p. 51). Se pasea por el paseo que bordea el Arlanzón; se fija en las cuatro estatuas de personajes históricos (Fernán González, Alfonso VI, Enrique II y Fernando I). Quiso ir al teatro para ver la representación de *El zapatero y el rey* de Zorrilla, pero todas las localidades estaban vendidas. Pudo ir al día siguiente, pero ponían otra obra de poco interés. Ningún juicio, desgraciadamente, sobre la arquitectura interior de ese teatro.

Después de leer la entusiasta descripción de los monumentos principales de Burgos (pero no dice nada de San Nicolás, de San Lesmes, de San Esteban, por ejemplo), hay que reconocer que Gautier, sin ser un especialista, supo apreciar la belleza arquitectónica de la ciudad.

En cuanto a la población burgalesa, como no sabía hablar español y le costaba trabajo pronunciar ciertas letras (la «abominable» *j*, por ejemplo), no tuvo contacto con ella suficiente para tener idea de sus caracteres morales.

Alejandro Dumas, que vino a España para las bodas de Isabel y Francisco de Asís y de Luisa Fernanda con el duque de Montpensier, consignó sus impresiones de viaje en un libro escrito en forma de cartas (a una anónima señora), titulado de *París a Cadix*, publicado en París en 1847-1848, 5 volúmenes (8). Cuando llega a Burgos, en lugar de describir la ciudad y sus monumentos, se entretiene en contar uno de los episodios de la vida legendaria del Cid.

Todo lo que dice es muy superficial, y, si creemos lo que escribe a esa anónima señora, no podía más que ser así: «tenía que pasar tres horas en Burgos, una para dormir y dos para visitar la ciudad» (p. 68).

Da alguno que otro detalle de tipo histórico que bien pudo haber leído en un libro antes de emprender el viaje, Burgos, «modesta ciudad, que en otro tiempo contaba treinta y cinco mil habitantes, no cuenta más allá de ocho o nueve mil» (p. 66). Evoca, de paso, algunos personajes de los tiempos medievales, Fernán González, Alfonso VI, el Cid, Jimena.

Parece que dio un rápido vistazo a la Catedral («prodigiosa»), a algunos cuadros y estatuas que en ella se pueden ver. La descripción es muy breve y se limita a estas pocas líneas:

«...después de haber contemplado los bajorrelieves en que está esculpida la entrada de Nuestro Señor en Jerusalén, un coro que cierran dos rejas en oro repujado de un trabajo maravilloso, su altar, trabajado como un joyel florentino; su *Ecce Homo* de Murillo; su *Pasión*, de Felipe de Borgoña; su *Cristo en la Cruz*, del Greco; su *Magdalena*, de Leonardo de Vinci; su órgano formidable y su Cristo en piel humana; solicite usted ver el sepulcro del Cid, y el sacristán, que afortunadamente, no es un sabio, le enseñará en la sala de Juan Cuchillero, el venerable monumento adosado al muro con dos garfios de acero».

Naturalmente, dado el poco tiempo que Dumas dedicó a la visita, no extrañaremos que haga algunas confusiones y tome por ataúd lo que es en realidad el consabido *cofre* del Cid.

Ni siquiera tuvo tiempo de preguntar cómo se llama el río que pasa por Burgos, por el donoso motivo de que no había agua...

Antes de marcharse, se ha fijado en la puerta o arco de Santa María, que tampoco nombra, dice a su destinataria lo siguiente:

«A la mitad de este puente, vuelva usted la cabeza, señora, y lance una última mirada sobre la reina de Castilla la Vieja. Tendrá ante sus ojos su puerta más hermosa, monumento arquitectónico del Renacimiento, erigido en honor de Carlos V y que ostenta las estatuas de Nuño Rasura, de Laín Calvo, de Fernán González, de Carlos I, del Cid y de Diego Porcelos.

«Después, a su derecha, y a la derecha de aquella puerta, verá usted erguirse como dos agujas de piedra, los campanarios de la admirable Catedral» (p. 69).

Ni siquiera se tomó Dumas la molestia de averiguar si se trataba de dos reyes distintos (el Carlos V y el Carlos I) o del mismo personaje. Indudablemente, Burgos no le interesa; está más atraído, como muchos es-

critores de mediados del siglo pasado, por los hechizos de la España del Sur.

El viajero que lea *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale de Cuendias y Ferral*, publicada en París, sin indicación de fecha, pero que se puede situar en 1848, aproximadamente, no encontrará muchos informes en este libro, a pesar del título. Sobre Burgos, como para las demás ciudades, los autores son muy superficiales. «Esta antigua ciudad no es más que un pueblo grande de aspecto muy triste, con algunos tenderos que se venden recíprocamente la mercancía, y gran número de campesinos. Burgos, siguen escribiendo, excitará siempre la curiosidad del viajero, por su situación pintoresca, sus monumentos y los restos del Cid y de Don Fernando que conserva como gloriosa reliquia de los tiempos heroicos de nuestros antepasados» (p. 110-111).

Frase muy superficial que no puede satisfacer a nadie, porque no aporta elementos concretos sobre su posición geográfica, el número de habitantes, el clima, etc... Apenas aluden al río Arlanzón, «abundante en peces» (p. 111), y el cuadro que dan del panorama es tan general que podría servir para una ciudad cualquiera.

Los autores que evocan al Cid, escriben varias páginas (ocho en total) al relato de la leyenda del héroe burgalés.

Por fin tratan de la Catedral, a la que dedican media página, de consideraciones de tipo general, que distan muchísimo de la minuciosa descripción y del tono entusiasmado de Gautier. Fíjense, por ejemplo: «La Catedral de Burgos es uno de los más hermosos monumentos de Europa; fue construida en tiempos del rey Fernando III, rey de Castilla. El cuerpo principal del edificio es de estilo gótico; algunos pórticos y la mayor parte de los adornos interiores pertenecen al renacimiento. Varias capillas se deben a la munificencia de Carlos V...».

Luego apuntan los autores las dimensiones y dan detalles más concretos que ayudan al lector a imaginar la superficie y hermosura del edificio: «La iglesia, de ciento dieciséis metros de largo y de setenta y tres de ancho, tiene forma de cruz. La altura de las dos torres que se alzan como dos piñas de granito por la parte opuesta al monte, es igual a la longitud del edificio. Estas dos torres, así como los campanarios, son de efecto maravilloso; están caladas y cinceladas como filigrana con exquisita delicadeza. Cuesta trabajo que la mano del hombre haya podido labrar en la piedra un encaje tan fuerte que aguante los estragos del tiempo y tan delgado que parece una tela de lino hilado por las hadas y trabajado por un duende» (p. 119).

Esta descripción es bastante general y hasta inexacta en cuanto a las dimensiones.

Parece que no les interesa a los autores meterse en menudencias. Una frase suya muy reveladora es la siguiente: «no vamos a describir las capillas; su magnificencia pasa mucho todo aquello que podría soñar la imaginación de un cuentista árabe» (p. 121). Y nada más.

Ahora bien, señalan dos curiosidades, calladas por los anteriores relatos de viaje, que son el Papamoscas y el confesionario real. El motivo de este extraño interés, es que pueden contar leyendas sobre uno y otro.

No espere el lector encontrar más detalles sobre Burgos. Apenas se saca la impresión de que los autores estuvieron en la capital de Castilla la Vieja. Contemplaron las joyas arquitectónicas de la ciudad con ojos distraídos, y hasta parece que se interesaron más por lo legendario y anecdótico que por lo bello y lo característico de la ciudad.

En 1862, el barón Charles Davillier, caballero mayor de Napoleón III y el famoso dibujante Gustave Doré, van a emprender un largo viaje por España. Se comprometen a enviar sus impresiones regularmente a la revista *Le tour du monde*, que las publicará hasta 1873. Dos años más tarde, se reúnen las entregas, bajo el título de *Voyage en Espagne*. Este libro está muy documentado. El barón conoce varios trabajos anteriores, tantos franceses (*El viaje* de Gautier, por ejemplo) o extranjeros (entre otros, el de Antonio Ponz). Es un hombre que no tiene prisa y dedica el tiempo que hace falta para mirar y admirar. También es culto y erudito; es notable hispanista que dio a conocer por Europa el arte español, orfebrería, cerámica, escultura, muebles... etc.); lo cual permite adivinar el sumo interés que presenta su descripción de España.

Llega a Burgos en tren, en el mes de octubre y ya hace un frío muy intenso. La ciudad «situada en medio de una elevada meseta es uno de los lugares más fríos de España» (8). Y añade que vio dos pies, o sea medio metro de nieve en noviembre. El Arlanzón, casi seco en verano, hiela en invierno. El barón Davillier se fue a la Plaza Mayor, que se llamaba por aquel tiempo plaza de La Libertad; es el lugar más céntrico, allí donde se puede ver a la gente. Se fija de manera interesante en el traje, pero reconoce indirectamente por unas citas, que es Antonio Ponz el que le ha llamado la atención sobre el modo de vestir de los castellanos. Las campesinas que vienen los días de mercado llevan una falda amarilla, y los hombres tienen cubierta la cabeza con la típica montera. Y cuando habla de los harapos de los mendigos, lo hace a través de Teófilo Gautier. Cuando añade, pidiendo prestada la frase a un viajero del siglo pasado, no citado, que la

ciudad «ofrece hoy la imagen de la pobreza y de la holgazanería y de la despoblación», lo confirma: «Este cuadro, desgraciadamente, no ha cambiado» (p. 857). Se fija el barón en que algunos de estos mendigos llevan fijada en la montera una placa con estas palabras: *pobre de solemnidad*, y se entera de que se trata de pobres autorizados por el Ayuntamiento de la ciudad.

Recuerda Davilliers el pintoresco mercado de la liendre donde se venden harapos.

Un paseo por la ciudad le lleva delante de la Casa del Cordón; «se le ha dado este nombre a causa de un cordón que aparece en relieve alrededor de la entrada, decoración muy original sacada de las armas del Condestable de Castilla que la hizo construir» (p. 858). «El arco de Santa María, construido bajo Carlos V y que está enfrente del Espolón, el paseo de moda, es curioso a causa de las estatuas que representan hombres de armas con el traje de la época (p. 858). Aquí falla su información. No son hombres de armas sino personajes célebres de la Historia.

El Ayuntamiento es un edificio muy vulgar, dice Davilliers.

Para la Catedral, el elogio es total: «es única en España por la elegancia de su construcción y la riqueza de sus detalles» (p. 861).

Pero igual crítica que los anteriores viajeros: no se puede tener una vista de conjunto a causa de las casas que la rodean.

Entra por la puerta de la calle de Laín Calvo (puerta del Sarmental) y se fija, acto seguido, en la magnífica puesta del claustro que describe y no puede menos de citar unas frases de Teófilo Gautier.

La sillería del coro, de nogal, como toda la madera tallada en la Catedral, «puede incluirse entre las más hermosas que haya en España». Pero no alude a las escenas representadas en las sillas: ¡Paradójico sería que no se hubiese enterado de la mezcla de lo sagrado con lo pagano! Habrá preferido callarlo.

Alaba también «la gigantesca reja de hierro forjado y cincelado» de la capilla del Condestable; la encuentra tan bella que «es de una riqueza imposible de describir». «La bóveda es de crestería». «En ninguna parte adquiere la arquitectura del siglo XV tal grado de ligereza». Admira también la doble escalera (se trata de la Coronería), «maravilla de elegancia».

Y por fin, llega a la capilla del Santísimo Cristo. Se puede ver la imagen libremente; no está tapada con cortinas, como solían hacerlo antes, en ítempos de la duquesa de Abrantes, por ejemplo. Le asegura el sacristán que es de piel humana, pero el barón quiere darse cuenta por sí mismo, y después de pedir permiso, sube en un escabel y afirma que «es de madera

tallada y policromada» (p. 862). «Los pies y las manos están realmente cubiertos de piel humana un poco arrugada; parecen como guantes extendidos sobre un molde. Las uñas que se adhieren todavía a la piel, no dejan la menor duda. Las de los pies están en parte corroídas; las de las manos están mejor conservadas. La cabeza, inclinada sobre el hombro, es también de madera, con barba y cabellos naturales» (p. 862).

De los viajeros ya citados, es el primero que da una descripción minuciosa del Cristo de Burgos.

No se le olvida tratar del tan curioso como horrible Papamoscas.

Visita el claustro, pero no nos da ninguna descripción de él. Al lado de la sala capitular, ve el cofre del Cid fijado en la pared y se entretiene Davillier en contar el episodio de los dos judíos burlados por Rodrigo Díaz de Vivar.

Evoca por fin las procesiones «tan célebres antaño en Burgos, aún se celebran hoy con mucha pompa, como conviene a la capital de Castilla la Vieja» (p. 866), pero parece que no vio ninguna; de lo contrario la hubiera descrito.

Acerca de las demás iglesias, del Castillo, de los conventos, de los puentes, el barón Davilliers no nos da ningún informe. La curiosidad del lector de la revista *Le tour du monde* queda defraudada, y es una pena.

El abad León Godard publicó en 1865 un libro sobre *L'Espagne. Moeurs et paysages. Histoire et monuments*. Pero no contiene esta obra todo lo que promete y anuncia el título, a lo menos para lo que se refiere y se podría dedicar a Burgos. Lo que corresponde a esta ciudad empieza a la página 36. Su evocación de la capital de Castilla la Vieja le sirve al autor para hacer moderado alarde de erudición histórica.

Desde lejos ve las torres de la «gigantesca metrópoli»; «es un vasto poema que se tendría que estudiar detalladamente»; se empezó la construcción a principios del siglo XIII; las torres tienen cien metros de altura; alude a las agujas, a los pináculos numerosos que se yerguen, al rosetón, a la puerta de Pellejería, notable por sus renacentistas esculturas, el cimborrio atrevido y suntuoso, a la puerta de Santa María «maravillosamente adornada» (p. 28) y nada más. Esto viene en el texto tan escueto como lo transcribo. Las demás páginas se refieren al Cid y a su leyenda.

El lector queda defraudado. Indudablemente nadie, con tan pocos detalles, puede hacerse una idea de la ciudad de Burgos.

En 1869, el *Voyage en Espagne* de Eugène Poitou sale en Tours. A ver si se justifica el título. Desgraciadamente pasa con este autor lo que con Godard; y peor aún.

Llega a Burgos en tren a las diez de la noche. Al día siguiente visita la ciudad. Se pueden ver desde lejos las dos torres de la Catedral caladas, erizadas de esculturas y rodeadas de un sin número de pináculos de gran ligereza. «El primer aspecto atrae; pero cuando uno se acerca, el efecto disminuye». A su modo de ver, hay falta de armonía y proporción; lo cual acarrea un desequilibrio inestético. Continúan las críticas. «La decepción es total» (p. 463). Este señor discrepa de todos los que tuvieron la oportunidad de contemplar la Catedral. Prefiero citar directamente el texto de Poitou:

«Vous avez la mémoire pleine des descriptions enthousiastes des voyageurs; vous avez rêvé una église du plus beau style, une des nerveilles de l'art chrétien du Moyen Age. Au lieu de cela, vous voyez un édifice d'un style composite, ou plutôt bâtard, mélange désagréable du gothique fleuri et des formes de la Renaissance. Le vaisseau manque de grandeur; la nef principale est médiocre, les deux nefs latérales sont écrasées. Au milieu du transept s'élève une coupole, hardie, mais ses piliers ronds surmontés de corniches, ses pilastres greco-romains, s'illient mal avec ses voûtes en ogive. Joignez à cela une profusion d'ornements, de moulures, de sculptures, qui fatigue les yeux. Tout cela est riche, mais tout cela est d'un goût douteux. Somme toute, la cathédrale de Burgos me semble, pour la majesté des lignes, pour la beauté de l'ensemble, pour la pureté du style, beaucoup au dessous de celle de Séville et même de la Seo de Saragosse» (p. 463).

Pero no todo es tan malo como lo pretende Poitou, ya que este mismo autor alaba la riqueza y delicadeza de las esculturas que rodean el altar mayor.

Ha visto al Santísimo Cristo; es de piel humana. No le gusta tanto realismo. «Salgamos pronto» exclama.

Una ojeada, de paso, al cofre del Cid, lo cual le encamina al relato de la leyenda cidiana y de los prestamistas judíos. De las quince páginas dedicadas a Burgos, apenas queda una para tratar de la ciudad: y se limita a la Catedral. Es demasiado poco, visto lo mucho que hay que evocar y contemplar en una ciudad que es un verdadero museo arquitectónico preñado de recuerdos históricos y de heroicas leyendas.

No se puede pretender dar una visión exacta y total de Burgos en el siglo XIX con el estudio de unos catorce escritores que visitaron España entre 1808 y 1869, primero porque no es nada fácil encontrar todas las relaciones de viajes por España (algunos textos han venido a ser muy raros) y después, porque un estudio completo daría mucho bulto a mi modesta contribución. Solamente he querido hacer algunas catas para saber cuáles

eran las reacciones de un francés del siglo XIX ante una ciudad castellana tan rica de historia y de arte como Burgos. Los hubo que fueron a España con buen caudal de prejuicios, que se dejaron influir por la «leyenda negra» o contribuyeron a desarrollarla, que experimentaron cierta compasión o desprecio por un país «atrasado», pero otros hubo, afortunadamente, que quisieron descubrir verdaderamente el alma profunda de un país desconocido o mal conocido y cuando llegaron a Burgos, primera etapa importante, hicieron una relación «en simpatía», comprensiva y amistosa. Por desgracia el contacto fue más exterior que interior. La mayor parte de los viajeros que desconocían la lengua española, no pudieron intimar con los habitantes; por eso faltan o escasean juicios sobre la población. Por lo general todos coinciden en los elogios sobre los monumentos arquitectónicos y en particular sobre la Catedral que llamó la atención de casi todos los viajeros y cuya belleza se impuso a ellos. Hubiera sido interesante saber si los viajeros franceses consultaron o se llevaron el rarísimo *Guide du voyageur en Espagne*, de J. B. Bory de Saint-Vincent, 2 vols., 1823, —que, de momento, me ha sido imposible localizar. Conforme va penetrando en Francia la moda de España y desarrollándose el romanticismo, acuden los franceses cada vez más numerosos a España, y los aficionados al arte y a la historia no pueden menos de hacer una estancia en Burgos para contemplar unos preciosos monumentos que cuentan, para quien sabe escucharlos, el desarrollo de una provincia y de una ciudad que se mezcla tan íntimamente con la historia civil, política y religiosa de España.

André NOUGUÉ

Universidad de Toulouse - Le Mirail

N O T A S

- (1) He aquí una lista, que no pretende ni mucho menos, ser exhaustiva, de las relaciones de viajes por España en el siglo XIX. La clasificación es cronológica
- MARCILLAC, Pierre-Louis de Crusi, Marquis de: *Nouveau voyage en Espagne*, Le Normant, 1805.
- LABORDE, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, París, 1808, 5 vols.
- REHFUES, J. F.: *L'Espagne en 1808*, París-Strasbourg, 18 II, 2 tomos, en 1 vol.
- THIEBAULT, Diedonné, général-barón: *Mémoires 1792-1820*, París, 1893-1895, 5 vols., primera edición, publicación póstuma.
- AMADE, M.: *Voyage en Espagne ou lettres philosophiques contenant l'histoire générale des dernières guerres de la péninsule*, París, 1823, 2 vols.
- BUSSY, P. G. de: *Campagne et souvenirs d'Espagne* (1823), publicado por primera vez por A. Lebrun en *Revue hispanique*, 1914, XXXII, p. 450-570.
- JAUBERT de PASSA, François-Jacques: *Voyage en Espagne*, Mme Huzard, 1823, 2 vols.
- BORY de SAINT VINCENT, J. B.: *Guide du voyageur en Espagne*, J. J. Janet, 1823, 2 vols.
- BLAZE, Sébastien: *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1814*. París, 1828, 2 vols.
- BOURGOING, Adolphe de: *L'Espagne... souvenirs de 1823 à 1833*. París, 1834.
- CORNILLE, Henri: *Souvenirs d'Espagne*, París 1836.
- CUSTINE, Marquis de: *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París 1836, 4 tomos en 2 vols.
- MAGNIEN, Edouard: *Excursions en Espagne ou chroniques provinciales de la péninsule*, París, 1836.
- ABRANTES, Duchesse d'Laure, Saint-Martin-Permon: *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et au Portugal de 1808 à 1811*, París, 1837, 2 vols.
- GAUTIER, Théophile: *Tra [sic] los montes. Voyage en Espagne*, París, 1839 (sigo la edición de París, 1856).
- CHALLAMEL, Augustin: *Un été en Espagne*, París, 1843.
- DEMBOWSKI, Barón Karl: *Deux ans en Espagne et au Portugal pendant la guerre d'Espagne, 1838-1840*. C. Gosselin, 1843.
- LACROIX de MARLES, J.: *Gustave ou jeune voyageur en Espagne*, Tours, 1843.
- QUINET, Edgard: *Mes vacances en Espagne*, París, [s. d.] 1843 [?].
- TANSKI, Joseph: *L'Espagne en 1843 et 1844*, A. René, 1844.
- ACHARD, Amédée: *Un mois en Espagne*, París, 1846.
- DUMAS, Alexandre: *De París à Cadix*, París, 1847-1848.
- CUENDIAS, Manuel de, et FERREAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et coutumes*, París, 1848.
- BRINCMANN (née Dupont-Delporte): *Promenades en Espagne pendant les années 1848 et 1850*, París, 1852.
- GARAUDE, Alexis de: *L'Espagne en 1851 ou impresions de voyages d'un touriste dans les diverses provinces de ce royaume*, París, 1852.
- OZANAM, Antoine, Frédéric: *Un pelerinage au pays du Cid*, París, 1853.
- LATOUR, Antoine de: *Etudes sur l'Espagne: Séville et l'Andalousie*, París, 1855.
- CENAC-MONTAUT, Justin: *L'Espagne Inconnue*, París, 1857.
- FEE, Antoine: *L'Espagne à 50 ans d'intervalle 1809-1859*, París, 1861.
- DAVILLER, Charles et DORE, Gustave: *Voyage en Espagne*, París, 1862.
- GODARD, León (Abbé): *L'Espagne: moeurs et paysages, histoire et monuments*, Tours, 1862.
- CHAUFFARD, Ernest: *Un mois en Espagne*, París, 1865.
- DESBARROLLES, A.: *Deux artistes en Espagne*, París, 1865.
- MONSELET, Charles: *De Montmartre à Sévilla*, París, 1865.
- MALENGREU, Auguste: *Voyage en Espagne et coup d'oeil sur l'état social, politique et matériel de ce pays*, Bruxelles, 1866.
- CORDIER, Alphonse: *A travers la France, l'Italie, la Suisse et l'Espagne*, Limoges, 1866.
- POITOU, Eugène: *Voyage en Espagne*, Tours, 1869.

- TESTE, Louis: *L'Espagne contemporaine. Journal d'un voyage*, París, 1872.
- IMBERT, Paul: *L'Espagne. Splendeurs et misères. Voyage artistique et pittoresque*, París, 1875.
- MEYLAN, A.: *A travers les Espagnes*, París, 1876.
- GUITTON, N.: *Vingt jours en Espagne. Impressions de voyage*, París, 1879.
- LEMESLE, R. F.: *Une pointe en Espagne*, París, 1882.
- FOURNEL, François: *A travers l'Espagne et l'Italie*, Tours, 1883.
- VIGNERON, Lucien: *A travers l'Espagne et le Portugal*, París, 1883.
- HENRY, Paul: *Un mois en Espagne*, Angers, 1884.
- TARDIEU, Ambroise: *Un mois en Espagne*, chez l'auteur à Germène (Puy-de-Dôme) 1885.
- VIGNON, Claude: *Vingt jours en Espagne*, París, 1885.
- ROLLER, Théophile: *Lettres d'Espagne*, Alençon, 1887.
- BELLOC, J. T. (de): *L'Espagne: L'Andalousie*, París, 1890.
- DESCAMPS, Maxime: *Souvenirs d'Espagne et du Portugal*, Lille, 1892.
- FONTANIE, Paul: *Rapport sur le voyage en Espagne*, Montauban, 1892.
- ROUTIER, Gaston: *De Paris à Huelva*, Lille, 1894.
- BERNARD, G.: *Quatre ans en exil à travers l'Espagne*, París, 1896.
- Lecomte, Georges: *L'Espagne*, París, 1896.

(2) Estas dos catedrales son de estilo gótico. Quizás convenga matizar la opinión tajante de Rehfoes.

(3) Quiero dar las gracias más efusivas al erudito tolosano doctor Jean SARRAMON, el cual puso amablemente a mi disposición su ejemplar de *Les Mémoires* del general barón Thiebault, obra bastante rara, hoy en día, y que no se halla en las Bibliotecas públicas ni privadas de nuestra ciudad. El doctor J. Sarramón es quien me dio a conocer el libro de M. Amade, *Voyage en Espagne...*

(4) Según Bosarte, *Viaje artístico a varios pueblos de España*, Turner, Madrid, 1978, p. 257, las dimensiones interiores de la Catedral son 299 pies de largo y 212,5 pies de ancho. *La guía del viajero en España* de Francisco de P. Mellado [s. l.] 1846, 3.ª edición, de las dimensiones: «unos 300 pies de largo, sin contar las capillas, por más de 250 de ancho...».

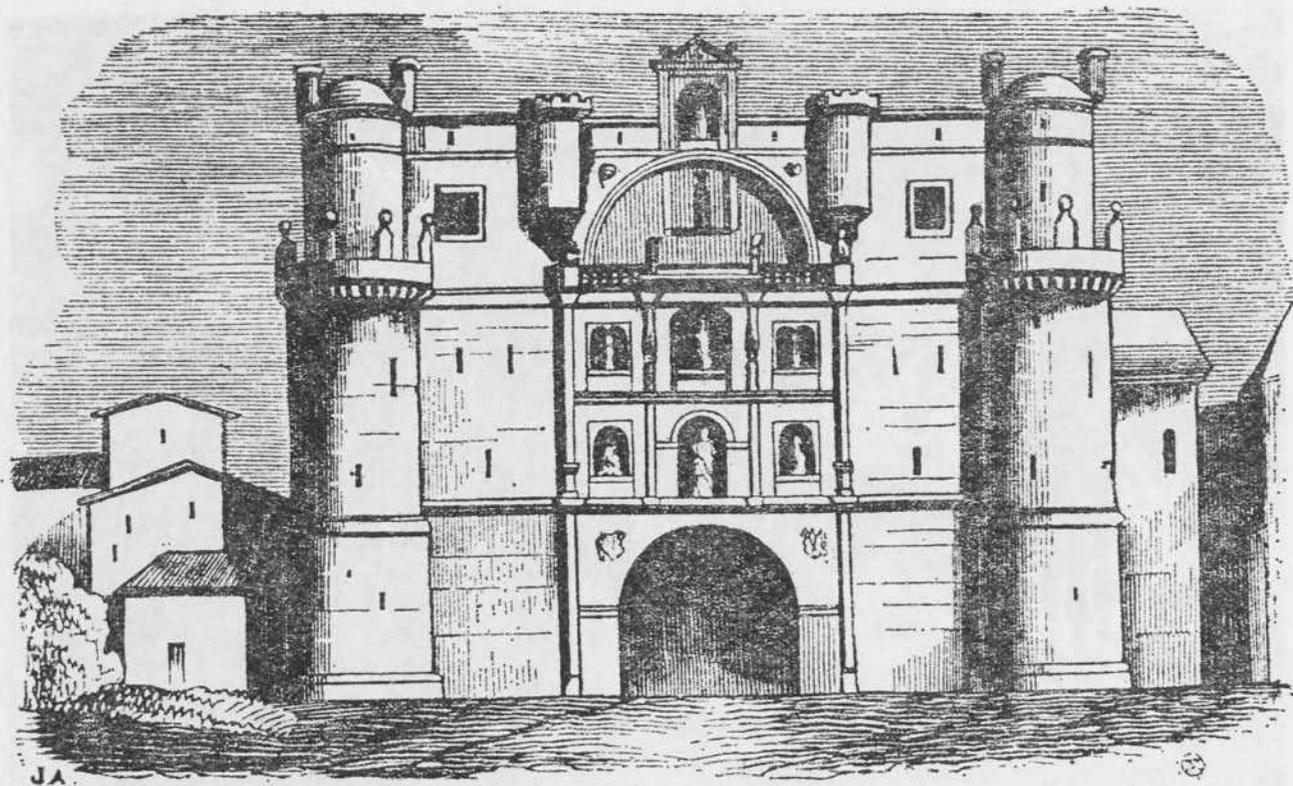
(5) *Mémoires d'un apothicaire...* t. 2, p. 359. Se equivoca Blaze; Thiebault dice que el sepulcro del Cid se hallaba en San Pedro de Cardeña.

(6) Padre Flórez, *España sagrada*, t. XXVII, Madrid, 2.ª edición, 1824.

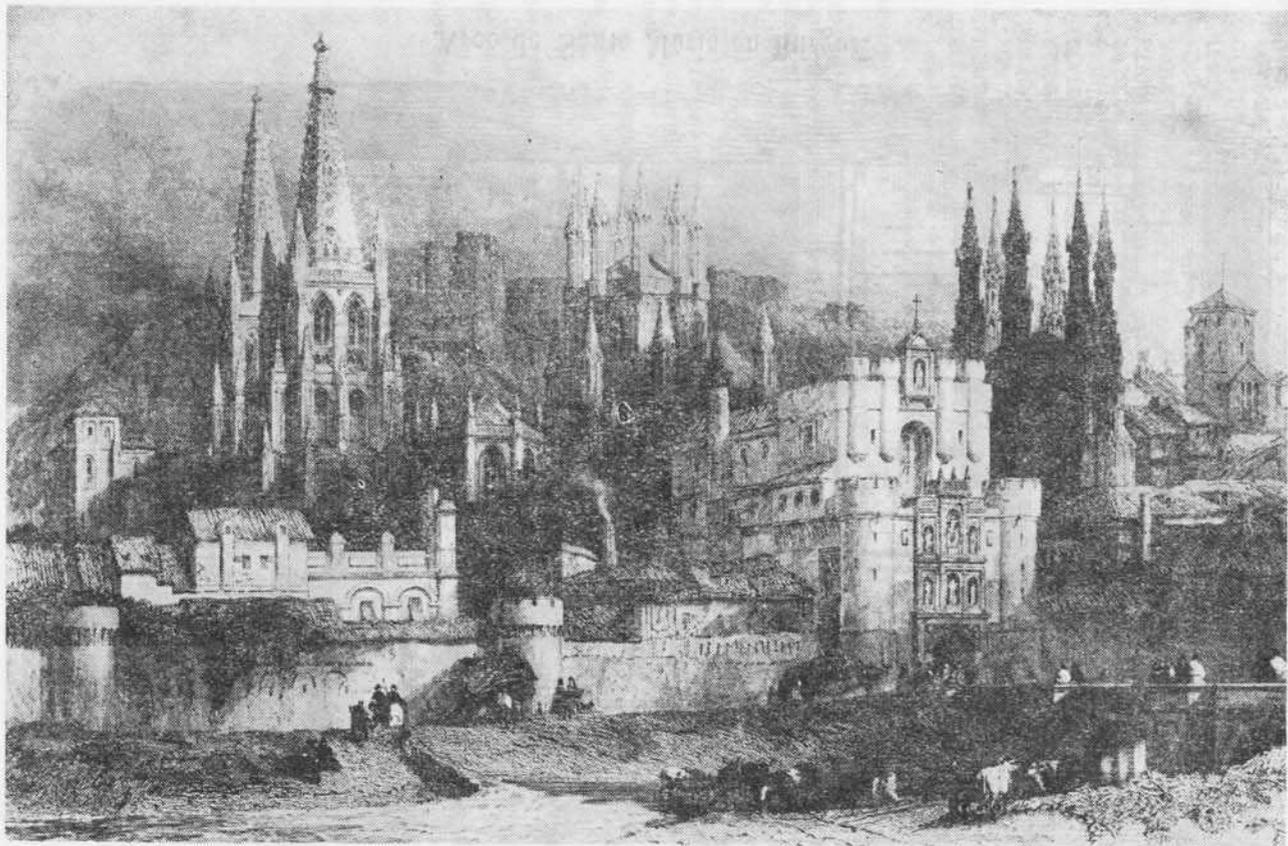
(7) Richard Ford, *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, Madrid, Turner, 1981, p. 220. La primera edición fue publicada en Londres en 1845.

(8) Me sirvo de la traducción publicada en Madrid, Espasa-Calpe; 1929, 4 tomos en un volumen.

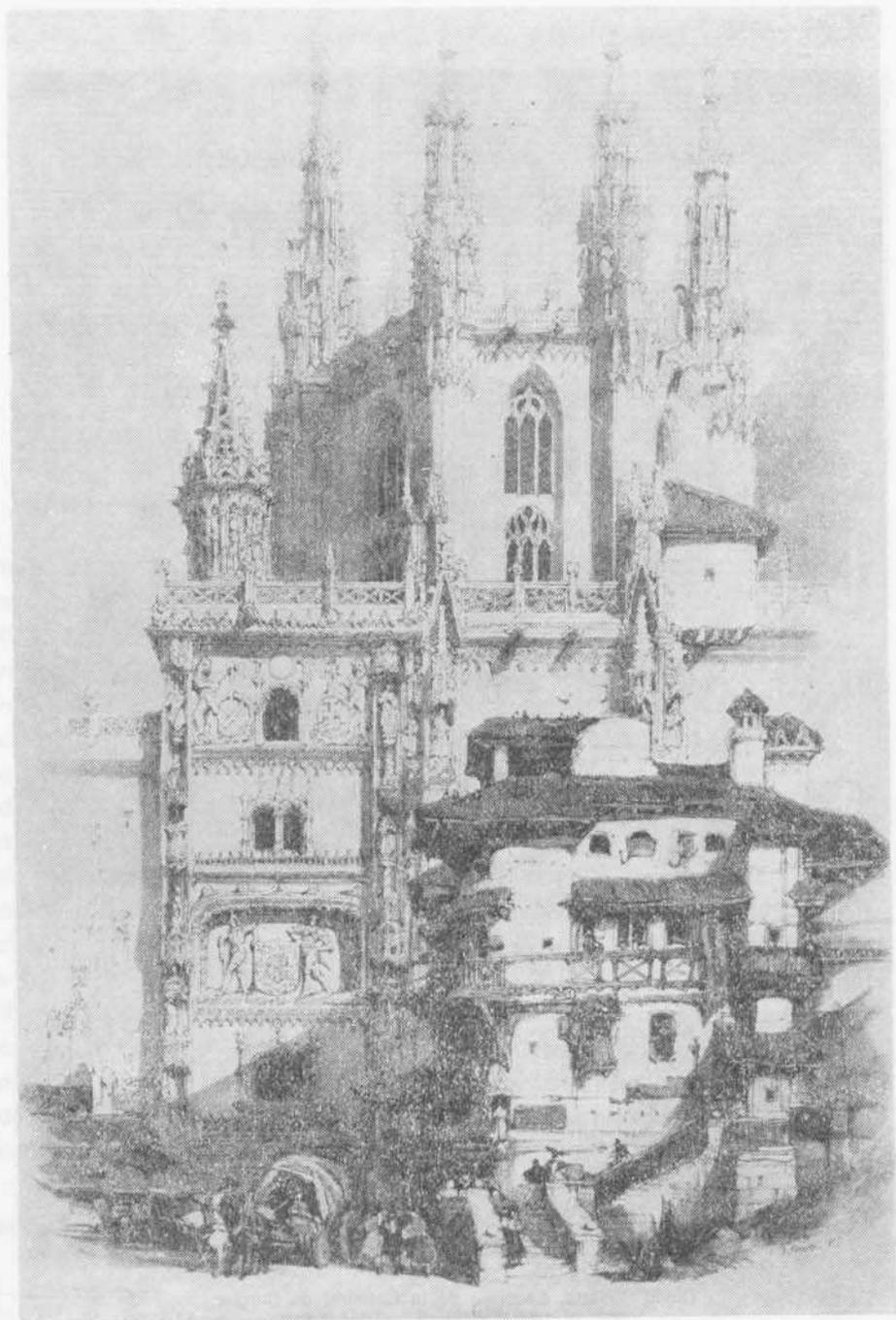
(9) Véase para todas las citas de Davillier, la traducción de su obra, *Viaje por España* ilustrado por Gustavo Doré, Madrid, ediciones Castilla, 1957, p. 854.



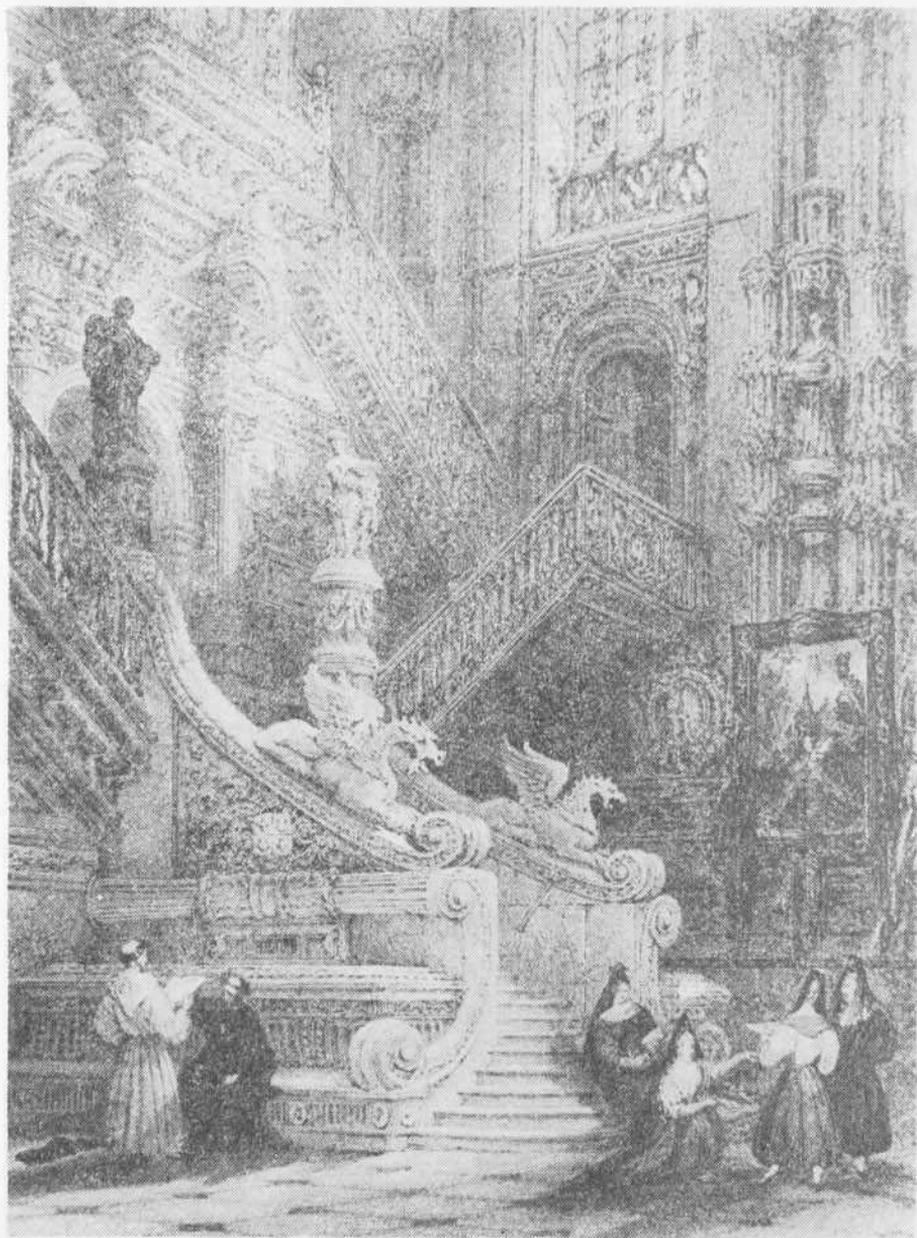
Arco de Santa Maria en Burgos.



David Roberts. Entrada a Burgos



David Roberts. Catedral de Burgos



David Roberts. Escalera de la Catedral de Burgos